

ERES TÚ QUIEN ME LLAMA

Javi Montes, S.J.

Me da vértigo oír tu llamada,
me veo tan indigno.

No doy la talla,
me agobia no llegar,
decepcionarte.

Me intento escabullir,
hacerme el sordo,
buscar excusas.

Y cuando más agobiado estoy,
cuando más duele no responder,
cuando peor me siento...

me doy cuenta de que ya estoy,
ya soy parte de los tuyos,
ya me has tomado tú.

No depende de mí
y tengo que volver a aprenderlo

Eres tú quien me llama
y quien me da fuerza para responder.

Solo tengo que soltar,
dejarme llevar por ti,
no dejarme de tu mano
y cada día lo olvido.

Por eso me pierdo,
por eso me siento solo
y solo tengo que parar,
mirarte,
o sentir el tacto de tu mano
en la mía.



✝ **El joven mártir de Sahuayo**
Por Dayelis Herrera Quesada

✝ **Cuando Dios transforma nuestra
cotidianidad (Lucas 5, 1-11)**
Por Antonio Masferrer, S.J.

✝ **Peregrinos de la esperanza**
Por Ana Cohen, catequista

SANTORAL

D 9: San José Sánchez del Río, Mártir /
L 10: Santa Escolástica / **M** 11: Nuestra
Señora de Lourdes / **Mi** 12: Beato José
Olallo Valdés / **J** 13: Santa Catalina de Ricci /
V 14: Santos Cirilo, Monje y Metodio /
S 15: San Claudio de la Columbière

10 de febrero, San José Sánchez del Río

El joven mártir de Sahuayo

Por Dayelis Herrera Quesada



Nacido el 28 de marzo de 1913, en Sahuayo, Michoacán, José Sánchez del Río, fue un joven que creció en una familia con principios católicos. A la edad de 13 años y con el ejemplo de su hermano, que tomó armas en contra de la suspensión del culto público, José pidió permiso a sus padres para alistarse como soldado. Su madre intentó disuadirlo, a lo que él replicó: “Mamá, nunca había sido tan fácil ganarse el cielo como ahora, y no quiero perder la ocasión”.

Luego de obtener el permiso de su madre, y por petición de ella, escribió al jefe de los Cristeros de Michoacán para intentar ser admitido y, a pesar de recibir una negativa, siguió intentando, esta vez pidiendo que, si no era como soldado, por lo menos de asistente. Sus intentos no fueron en vano, y ya dentro del campamento, bajo el apodo de Tarsicio, se ganó el cariño y respeto de sus compañeros. Todos admiraban su valor, y era encargado de dirigir en las noches el santo rosario y animaba su fe.

El 5 de febrero de 1928, durante un combate cerca de Cotija, demostró su valentía al dejarle su caballo al general, luego de que el suyo cayera muerto. “Mi general, aquí está mi caballo, sálvese usted, aunque a mí me maten. Yo no hago falta, usted sí”. En el propio combate fue hecho prisionero y llevado frente al general carlista, quién al ver su gallardía, y luego de reprenderlo por luchar contra el Gobierno, le propuso unirlo a sus filas. “Jamás, primero muerto. ¡Yo no quiero unirme a los enemigos de Cristo Rey! ¡Yo soy su enemigo! ¡Fusílenme!”, respondió mientras era encerrado en la cárcel.

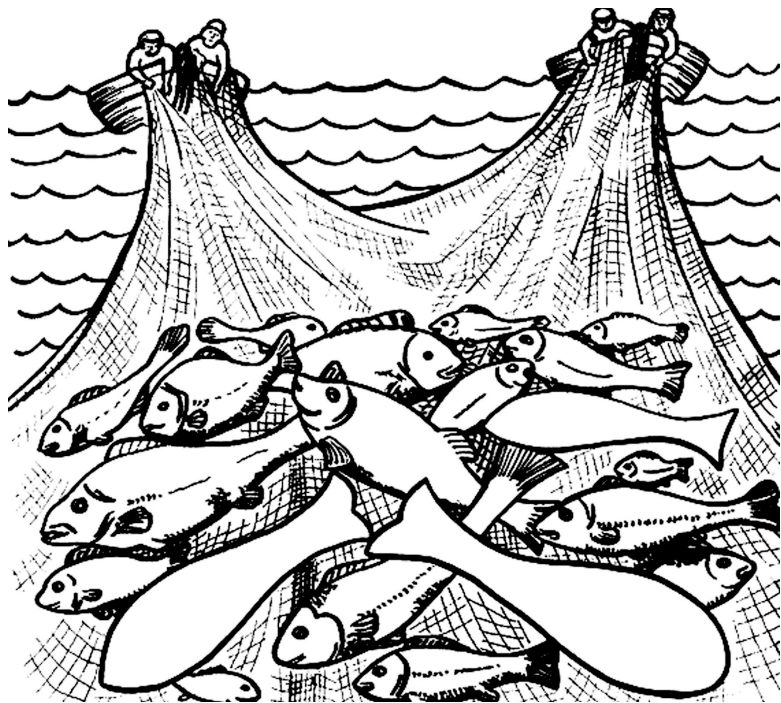
El 10 de febrero de 1928, alrededor de las seis de la tarde lo llevaron al cuartel de refugio. A las once de la noche llegó la hora suprema. Le desollaron los pies, le sacaron el mesón y lo hicieron caminar a golpes hasta el cementerio. A pesar de los intentos para que perdiera la fuerza, llegó en pie al camposanto. “¿Cuál es mi sepultura?”, preguntó en el panteón, y se puso de pie al borde de la fosa. “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”, gritaba mientras lo apuñalaban.

En medio del tormento, el capitán le preguntó, por pura crueldad, qué les mandaba a decir a sus padres. “Que nos veremos en el cielo. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!”, fue su respuesta antes de que le disparan en la cabeza, y así su alma entró en el cielo. Ese 10 de febrero de 1928 quedó sepultado, sin ataúd ni mortaja, recibió directamente las paladas de la tierra.

Años después sus restos fueron inhumados en las catacumbas del templo expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, aunque actualmente reposan en el templo parroquial de Santiago Apóstol. Beatificado en 2005 y canonizado en 2016 por el Papa Francisco, José Sánchez ha pasado a la historia como ejemplo de verdadero hijo de Dios.

Cuando Dios transforma nuestra cotidianidad (Lucas 5, 1-11)

Por Antonio Masferrer, S.J.



El Evangelio de Lucas presenta una escena cotidiana que se transforma en algo extraordinario. Jesús se encuentra a orillas del lago de Genesaret, rodeado de gente común: pescadores cansados tras una noche de trabajo infructuoso. Es en este escenario tan normal donde Dios decide manifestarse.

Imaginemos la escena: el bullicio de la multitud, el olor a pescado, las redes extendidas en la orilla. Jesús, atento a las necesidades de quienes lo rodean, pide prestada la barca de Simón para poder hablar a la gente. Aquí vemos la primera lección: Dios utiliza lo ordinario para hacer lo extraordinario. La barca de un simple pescador se convierte en la cátedra desde donde se proclama la Palabra de Dios.

Pero la historia no termina ahí. Después de hablar, Jesús invita a Simón a remar mar adentro y echar las redes. Podemos imaginar la incredulidad de Simón: “Maestro, hemos estado trabajando toda la noche sin pescar nada”. Sin embargo, confía y obedece. El resultado es una pesca tan abundante que las redes casi se rompen.

Esta pesca milagrosa nos enseña varias cosas. Primero, que Dios puede hacer maravillas en nuestra vida cotidiana si confiamos en Él. Segundo, que a veces debemos “remar mar adentro”, salir de la zona de confort, para experimentar las bendiciones de Dios.

La reacción de Simón Pedro ante el milagro es conmovedora: “Apártate de

mí, Señor, que soy un pecador”. Reconoce su pequeñez ante la grandeza de Dios. Pero Jesús, en lugar de apartarse, lo invita a una misión mayor: “No temas, desde ahora serás pescador de hombres”.

Esta historia prefigura lo que será la Iglesia. Una comunidad de personas imperfectas, llamadas a una misión extraordinaria. Como Simón Pedro, estamos invitados a reconocer nuestra fragilidad, pero también a confiar en el llamado de Dios.

En nuestro día a día, Dios sigue buscando “barcas prestadas” para proclamar su mensaje. Puede ser en nuestro trabajo, en nuestra familia, en nuestro municipio. ¿Estamos dispuestos a prestar nuestra “barca” a Jesús? ¿Estamos abiertos a escuchar las necesidades de quienes nos rodean y responder como lo hizo Jesús?

Recordemos que la Iglesia no se construye con líderes perfectos, sino con personas comunes que dicen “sí” a lo desconocido. Que se atreven a “remar mar adentro” confiando en la palabra de Jesús.

Que María, quien dio su “sí” al ángel en la Anunciación, nos inspire a responder con generosidad al llamado de Dios en la vida cotidiana. Que sepamos crear espacios donde lo extraordinario pueda surgir en medio de lo ordinario, confiando siempre en que Dios hace maravillas a través de nosotros, a pesar de nuestras imperfecciones. Amén.



Orando en la semana

D 9: Is 6,1-2.3-8/Sal 137/1 Cor 15,1-11/Lc 5,1-11

L 10: Gn 1,1-19/ Sal 103/ Mc 6,53-56

M 11: Gn 1,20 – 2,4ª/ Sal 8/ Mc 7,1-13:

Mi 12: Gn 2,4b-9.15-17/ Sa 103/ Mc 7, 14-23

J 13: Gn 2,18-25/ Sal 127/ Mc 7,24-30

V 14: Gn 3,1-8:/Salmo 31/ Mc 7,31-37:

S 15: Gn 3,9-24/ Sal 89/ Mc 8,1-10

Peregrinos de la esperanza

Por Ana Cohen, catequista



La Iglesia cubana está llamada a vivir un momento de profunda renovación espiritual. Este 2025, declarado Año Jubilar, ofrece una oportunidad única para fortalecer nuestra fe y reafirmar nuestro compromiso cristiano en medio de los desafíos que vivimos como pueblo. En su Bula de Convocación “La esperanza no defrauda”, el Papa Francisco invita a vivir este Año Santo como un tiempo especial de gracia y renovación comunitaria. “La esperanza no defrauda”, nos recuerda citando a San Pablo, palabras que deben impulsar la vida de fe y el testimonio cristiano en Cuba.

Con alegría vemos cómo nuestras diócesis ya han comenzado a prepararse para este momento extraordinario. En las parroquias y comunidades se respira entusiasmo, mientras se organizan encuentros de oración, catequesis y actividades que ayudarán a vivir intensamente este Año Santo.

El Jubileo nos llama a convertirnos en “peregrinos de esperanza” en nuestra propia tierra. Cada uno debe ser luz para los demás: en la familia, el barrio,

el trabajo. Cuando compartimos lo poco que tenemos, cuando nos acercamos al que sufre, cuando mantenemos la fe en medio de las dificultades, estamos siendo testigos de esa esperanza que no defrauda.

Pero, ¿qué significa vivir la esperanza en nuestra Cuba de hoy? Significa, ante todo, mantener viva la fe cuando el desánimo toca a la puerta. La esperanza cristiana no es simple optimismo, sino una virtud que nace de la certeza del amor de Dios que nos sostiene. Como recuerda Francisco, “en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana”.

La gracia del Año Santo nos impulsa a la reconciliación y el perdón. Hoy, cuando tantas familias cubanas viven la separación y el dolor, estamos invitados a ser constructores de puentes, artesanos de la paz, sembradores de esperanza. Nuestros templos se preparan para ser verdaderos “oasis de espiritualidad”, donde todos encuentren consuelo y fuerzas renovadas. Las Puertas Santas que se abrirán en nuestras catedrales, serán símbolo de una Iglesia que acoge y abraza, que no excluye a nadie.

Francisco nos dice que “la esperanza cristiana no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino”. En esta Cuba que sueña con un mañana mejor, seamos testigos creíbles de esta esperanza, viviéndola y compartiéndola con alegría y valentía.

¿Te animas a ser peregrino de esperanza? ¿Quieres mantener encendida la llama de la fe en medio de la oscuridad? El Jubileo de la Esperanza es una invitación a decir sí, y renovar nuestra confianza en el Dios que nunca abandona a su pueblo.